



Tema Central

Expresiones de resistencia juvenil en espacios de violencias. Una forma de hacer memoria y denunciar el olvido

Por: Janeth Restrepo Marín *

Inicio

“Cuando me asalta el miedo invento una imagen”. Con esta frase de Goethe, Paul Virilio (2006: 89) piensa en la ciudad pánico. Inventar imágenes es quizás la definición que mejor se acerca a las expresiones juveniles en una ciudad pánico como Medellín (Colombia). Una ciudad en la que a pesar del miedo, producto de una violencia prolongada, se crean imágenes que rompen el silencio para narrar historias -sus historias- en esos territorios de disputa en los que ya nadie entiende qué es lo que realmente se pelea pero que tiene, de uno u otro lado, a los jóvenes en el centro.

Se inicia este escrito con la idea de ciudad pánico de Virilio como la mejor antesala para enunciar que se va a escribir de un tema nada nuevo: la violencia en Medellín. Sin embargo, a pesar de ser ese el telón de fondo, estas líneas no buscan hacer propaganda a algo que ha sido bien publicitado desde los medios de comunicación, sino que buscan centrarse en las diversas formas de movilización juvenil que emergen en diferentes barrios marginales de la ciudad.

Se hablará, entonces, de un grupo social cuya imagen ha estado vinculada a la del pandillero, criminal, miliciano, peligroso. Estigma social que ha sido bien administrado

* Es originaria de Medellín (Colombia). Candidata al título de Magistra en Historia y Memoria de la Universidad Nacional de La Plata (Argentina). Sus intereses investigativos se centran en el control social, las formas de violencias y disputas por la memoria enmarcadas en el conflicto armado prolongado que sufre Colombia desde hace aproximadamente medio siglo. Temas que llaman su atención, motivada principalmente por su amplia experiencia laboral en procesos de acompañamiento y fortalecimiento a organizaciones sociales de base, agrupaciones juveniles y en proyectos de intervención social con población víctima del conflicto armado que ha llegado desplazada a la ciudad de Medellín. Trabajo que en gran parte ha sido realizado desde la Corporación MANAPAZ, en la cual participa como integrante de la junta directiva y en la coordinación de proyectos. En la actualidad hace parte del grupo de investigación interdisciplinario GIPAD, adscrito a la Universidad de San Buenaventura de Medellín.

desde el poder televisivo y que ha logrado instalar un imaginario desfavorable sobre los jóvenes que habitan los barrios populares de la ciudad. En los últimos tres años este imaginario ha vuelto a tomar fuerza debido a que los asesinatos, el control de la circulación del espacio, los reclutamientos, las desapariciones, los desplazamientos forzados y las masacres vuelven a ser una constante y tienen a los jóvenes de uno u otro lado: como víctimas o como victimarios.

La idea central que sustenta estas reflexiones, es la interrelación existente entre la emergencia de determinadas expresiones de movilización de la sociedad civil con lugares cargados de las más variadas formas de violencias y de exclusión social. De ahí que no sea fortuito que se haya centrado este primer acercamiento investigativo en propuestas de expresión juvenil cuyo accionar ha estado centrado en levantar sus voces ante los hechos que han marcado una transformación del conflicto en la ciudad, el cual se hace evidente para el año del 2008 y que ha derivado en el escalonamiento de la violencia que desde la década de los ochenta ha tenido a Medellín como escenario.

El *corpus* etnográfico de este ensayo está conformado por las experiencias de cuatro agrupaciones juveniles. Tales experiencias configuran una identidad de grupo en las que existen determinadas demandas sociales que actúan como constantes: visibilizar la situación de peligro en la que se encuentran los jóvenes, denunciar el estigma generalizador de criminales, tomar posición frente a la pobreza y exclusión social en relación con la incursión de los jóvenes a las bandas criminales y construir propuestas de vida distintas a las de la violencia. Las experiencias grupales que actúan como estudios de casos son: la Élite de Hip-Hop de la comuna 13 (San Javier), el Colectivo Toke de Salida de las comunas 6 (12 de Octubre) y 5 (Castilla), el grupo juvenil Forjadores del Mañana de la comuna 4 (Aranjuez) y Elemento Ilegal de la comuna 8 (Villa Hermosa).

Cada una de estas agrupaciones ha emergido en un contexto de conflicto, definido por sectores o cuadras de un barrio en el que la violencia armada se suma a la vida diaria de sus habitantes, y reconfigura las formas de relacionarse pero también el territorio y los modos de habitarlo. Y si bien existe una diversidad en las fechas en que surgen, las cuatro propuestas mapeadas están unidas por dos interrogantes: uno proveniente del punto de vista de la investigadora, es decir, de una persona externa a sus barrios pero que habita la ciudad. El segundo proviene de jóvenes entre 18 y 28 años

que han crecido en medio de diversas situaciones de conflictividad armada de la que se derivan nuevos órdenes sociales y nuevas formas de violencias, y que al momento de escribirse estas páginas se siguen viviendo en dichos espacios. El primero de estos interrogantes, considerado como hilo conductor del texto para no hablar de pregunta investigativa, remite a la cuestión de cómo viven los jóvenes su vida en espacios de conflictividad armada que los etiqueta como víctimas o victimarios; mientras el segundo surgió en el trabajo de campo, cuando se encontró como constante una reflexión en los jóvenes entrevistados: “como jóvenes ¿qué vamos a hacer?”. En consecuencia, este trabajo se orienta a dar cuenta de una situación y de la forma como reaccionan las personas ante lo que podríamos denominar situaciones extremas.

I

Desde nuestra mirada

Medellín es una ciudad de contrastes, de un lado la urbe moderna y por otra parte la inequidad social y el conflicto que vive hace que sus políticas sociales sean insuficientes para superar la pobreza.

Personería de Medellín, Informe Primer Semestre de 2011

En esta parte del texto se busca introducir a los lectores en el contexto donde se encuentran sumergidas las expresiones juveniles que son el centro de este escrito. Aclaremos al lector que en tanto el objetivo de este escrito no es el de publicitar la tan fácilmente publicitaria violencia, las líneas que siguen buscan describir el contexto en el que tienen lugar diversas expresiones culturales y artísticas que aquí son denominadas como de resistencia juvenil. No se busca tampoco proponer certezas siendo conscientes que en la guerra todo es incierto; pero en caso de necesitarlas, podría decir que lo más parecido a esta es que la resistencia de las agrupaciones entrevistadas es la de oponerse a la generalización que hace peligrosos a los jóvenes por el solo hecho de vivir en aquellos barrios marginales, los que parecen colgar como faroles de las montañas de una ciudad que busca proyectarse como una de las más competitivas para el mercado internacional. Es así como se parte de la reflexión sobre la reconfiguración que hacen los jóvenes de lugares en donde se estereotipa y espacializa al otro como una otredad radical, lo que es de por sí otra forma de motivar la violencia.

Cada sociedad categoriza a las personas y determina cuáles son los atributos que considera corrientes y naturales. Dentro de lo normal se practican diversos tipos de discriminación contra aquello que escapa a lo establecido como normal y que justifica su inferioridad a la vez que sustenta el peligro que representa y su eliminación. Castillejo, quien a su vez cita a Balandier, explica la otredad radical de esta manera:

Son figuras ordinarias (los habitantes del mundo de lo otro), en el sentido que se encuentran trivialmente presentes en la sociedad, pero que están en situación de ambivalencia por lo que se dice de ellas y lo que ellas designan. Ellas son lo otro complementario y subordinado, objeto de desconfianza y temidos a causa de su diferencia y condición inferior, motivo de sospecha y generalmente víctimas de acusación [...] Ocupan la periferia del campo social en el sistema de representaciones colectivas predominantes. (Citado en Castillejo, 2000: 91)

La exclusión hace parte de la estructura misma de un orden social que legitima ciertas formas de discriminación basadas en la ubicación de un barrio rotulado como periférico y, por ende, excluido del desarrollo de la ciudad, sin ser una prioridad para la inversión más sí para la aplicación de diversos dispositivos de represión por parte de las fuerzas del Estado. Dicha rotulación está conectada con la misma distribución socioeconómica del espacio en la ciudad dividida en barrios marginales, de clase baja, media y alta, y que confiere, desde un imaginario de ciudad, cierto “permiso” para que se vea como “normal” la inclusión de unos y la marginalización de otros. De esta forma, se ha dado un proceso de exclusión en el que la pobreza juega un papel central en tanto aspecto discriminador que ha derivado en la especialización de una parte de la ciudad en cordones de miseria, donde el estigma ha sido una constante histórica. Estos lugares demarcados espacialmente por su pobreza, a la vez son reconfigurados por las dinámicas de la conflictividad armada que va más allá del solo enfrentamiento por parte de los actores armados ilegales, pues también involucra prácticas de control social, reclutamiento forzado, desplazamiento, tortura y desaparición forzada, entre otras violaciones a los derechos humanos.

Es en esta ciudad “afectada por profundas transformaciones económicas y socioculturales debido a la presencia cotidiana de múltiples violencias” (Riaño, 2000: 23), en la que los jóvenes entrevistados se posicionan como sujetos y son conscientes que para el resto de la ciudad muchas de las representaciones sociales que se han tatuado sobre ellos devienen de su habitar en sitios marginales y de la conflictividad

armada. Buscan denunciar, sin que en ocasiones ellos mismos se percaten, que “[e]l impacto que las acciones violentas y las políticas de exclusión social han tenido sobre el tejido social y la experiencia humana y cotidiana de los habitantes del barrio [de sus barrios] ha sido devastador” (Riaño, 2000: 95).

La ciudad

Matan gente [...] matan mucha gente, y la arrojan al vacío para que no quede registro de nada y no vaya a haber líos con algún juez independiente que quiera investigar. Se sabe que a todos los que desaparecen los tiran por ahí, o río arriba, al agua, lo que al final es lo mismo: los cuerpos caen por la cascada y nunca aparecen: se los traga la tierra y los devora el agua. Y sin cadáver los fiscales no emprenden investigaciones por asesinato, sino que añaden una cifra a los desaparecidos. En Angosta mucha gente se esfuma, y entonces se dice que se metieron a un grupo terrorista o que se colaron por algún hueco a otro país.

Angosta, Héctor Abad Faciolince

Aunque Medellín se llame Medellín no todos sus habitantes viven en la misma ciudad: una cosa es la ciudad destinada a los ricos, *a la gente de bien* como suelen llamarlos las personas del campo, y otra para quienes viven en la laderas intentando colgarse al tren de progreso de una ciudad dispuesta a ingresar al *ranking* mundial de las promesas en competitividad de América Latina. Allí, en aquellas laderas que todavía tienen calles de tierra, mucha de su gente viene de otras partes, provenientes de otras violencias rurales o barriales. En la otra Medellín, la gente tiende a mezclarse con los extranjeros, que cada día son más. Sea por negocios ilícitos o lícitos se les ve caminar por los lugares destinados para el turismo o por los centros de negocios. Rubios, altos, hablando inglés, caminan por las calles como reyes sintiendo el orgullo que les confieren sus nacionalidades de países potencia. En la otra Medellín, la marginal, las caras de los niños pierden cada vez más la promesa del futuro y esto se ve reflejado en un desencanto cotidiano hacia la vida que se mezcla con el olor a marihuana, las violencias cruzadas, la violencia intrafamiliar y con la misma pobreza.

La situación de desigualdad en la ciudad quedó bien documentada en el Informe del Primer Semestre de 2011 de la Personería de Medellín¹. En este se resalta la pobreza y la inequidad histórica como una gran deuda que tiene la ciudad, resaltando la existencia de dos ciudades “donde coexisten habitantes con acceso a todos los bienes y

¹ Entidad que hace seguimiento a las vulneraciones de los derechos humanos. Anualmente se dan a conocer dos informes.

servicios y otros limitados a un nivel de vida precario e insuficiente, con altos niveles de pobreza, desigualdad e inequidad, que padecen de hambre, falta de empleo, saneamiento y vivienda, que viven en entornos inseguros, con dificultades para la plena garantía del derecho a la salud y dificultades de acceso” (p. 5). En la presentación del Informe se identificó claramente la pobreza como una de las causas estructurales de la violencia, de ahí que una de las recomendaciones que esta institución realiza sea la de una política distributiva de los ingresos y las riquezas “conforme al principio de solidaridad”, lo que implica la participación del sector público, privado y de la comunidad.

Teniendo en cuenta que Medellín alberga un alto porcentaje de la población desplazada por la violencia que ha desangrado los campos en Colombia, preocupa que el coeficiente de Gini calculado para el año 2009, haya sido para esta ciudad de 0,566, “siendo identificada como la sociedad con mayor concentración de la riqueza de las 13 áreas metropolitanas del país, el mismo informe señala que durante ese año ocupó el octavo lugar en Línea de Pobreza con un 38,4%, y el 10,2% de la población se encontraba por debajo de la Línea de Pobreza (pobreza extrema), superando en 16,4 puntos la Línea de Pobreza de Bogotá”² (Personería de Medellín, 2011). En medio de una ciudad que se ufana de su disciplina de trabajo existen, entonces, barrios que como pequeños islotes quedan relegados al olvido de la ciudad floreciente. Edificios modernos y suntuosos contrastan con barrios convertidos en zonas de sombras, reservas de pobreza que son la constante y no la excepción. Espacios de desorden demarcados por callejones estrechos, casas húmedas, escaleras laberínticas y sonidos de bala cuyo resplandor en la noche compite con la luces de las lámparas callejeras de los lugares más nocturnos en la zona plana donde se ubica el centro de la ciudad.

Otro punto crítico identificado por la Personería fue el concerniente a la seguridad ciudadana, debido al accionar de los grupos armados.

En algunos sectores de Medellín, los grupos armados ilegales continúan disputándose el control territorial, configurando un escenario de conflictividad armada indiscriminada. En otros lugares, la hegemonía de los grupos ya no se encuentra en pugna y se ha establecido un escenario de violencia selectiva. En cualquiera de las dos

² Bogotá es la capital del país y Medellín es la segunda ciudad más grande e importante, siendo considerada la ciudad industrial de Colombia. Según la información emitida por el Departamento Administrativo Nacional de Estadística basado en el censo poblacional que se realizó en el 2005, Bogotá tiene alrededor de seis millones 760 mil habitantes, concentrando 16,4% de los 41 millones 242 mil 948 habitantes que tiene el país. Por su parte, Medellín tiene dos millones 223 mil personas, que representa 5,4% de la población nacional.

circunstancias, se mantiene el control armado, intimidatorio y extorsivo de los aproximadamente 250 grupos armados ilegales de la ciudad, algunos enfrascados en una lucha por conservar y expandir el control poblacional, económico y del territorio. (Personería de Medellín, 2011: 7)

Medellín vive una guerra que después de muchos años ha logrado urbanizarse. Desde fines de la década de los noventa, el paramilitarismo hizo su presencia en la ciudad para disputar el lugar dejado por el extinto cartel de Medellín después de la muerte del capo Pablo Escobar en 1993. La guerra fue declarada no solo a las milicias urbanas de las guerrillas de las FARC y el ELN, sino también a las diversas bandas delincuenciales otrora al servicio del narcotráfico. Esta arremetida de violencia que se vuelve un hecho para el año 2002 con la mal famosa operación Orión en la comuna 13, dejaba claro el panorama: la fuerza pública no era suficiente para proteger la seguridad de la población, no por cuestiones de capacidad operativa o estratégica, sino porque ya fuera por omisión o participación directa, esta era también parte activa de la guerra. Otra claridad fue que en el nuevo tipo de guerra que se posicionaba en la ciudad, la población civil se volvía el blanco central, tal como ocurría en las zonas rurales en el marco de la confrontación entre paramilitares, ejército y guerrillas. Una última claridad, fue que dentro del gran conjunto de la población, los jóvenes eran los más vulnerables al convertirse en mano gatillera, “peones de la guerra” deseables para ser reclutados por la criminalidad organizada bajo la llamada Oficina de Envigado³. Sea por la seducción ante el poder y la riqueza que como un oasis en medio del desierto ofrece el narcotráfico, la ciudad quedó abierta a un nuevo conflicto en el que era fundamental el control territorial, dando paso a una nueva reconfiguración del espacio atravesada por la conciencia del miedo.

De esta manera, en las transformaciones de la guerra urbana en Colombia también ocurrió lo que en el resto de América Latina: la centralidad de los jóvenes como parte de la violencia. Cambio que se comienza a experimentar desde la década de los ochenta y que se hace visible para la siguiente década, cuando ya la realidad no podía ocultarse: “la violencia mortal se expandía entre los jóvenes de entre quince y veinticuatro años. Se trataba principalmente de jóvenes varones en los países en desarrollo y en economías

³ Nombre que recibe la organización criminal que coordina la delincuencia en la ciudad y que desde el 2008 se disputa el poder con otras bandas de base paramilitar como los Urabeños, quienes tienen fuerte influencia en subregiones como Urabá y Bajo Cauca.

en transición” (Reguillo, 2008: 205). Partiendo de esta transformación en la realidad de los países latinoamericanos, el estudio comparado desde un enfoque etnográfico de Rosana Reguillo, sirve como punto de reflexión sobre una de las líneas de análisis que ha emergido a lo largo de este ensayo: la relación entre la extrema pobreza y las formas de violencia, o como lo expresa la autora: “la articulación de la violencia con los procesos de precarización tanto estructural como subjetiva, el desencanto y la emergencia de la paralegalidad y, su impacto en los universos juveniles” (p. 205).



Fuente: <http://img.youtube.com/vi/ZjoOBPVrYB8/0.jpg>

La violencia indudablemente se encuentra ligada a la miseria, y si bien esta por sí sola no es la causante del conflicto social y armado que se vive en la ciudad y el país, es indiscutible que de ella se nutre. Lo que no hace extraño que se repita una y otra vez, como si la historia fuese una bodega en la que se almacena pobreza para ser distribuida equitativamente entre una y otra generación. Desde dentro, las nuevas generaciones luchan por salirse de lo que es considerado como normal en espacios donde la vida comienza a formarse entre la pobreza y a pintar imágenes de futuro que les dé esperanza para creer que otras formas de vida sí son posibles.

En un contexto de conflicto como lo es y ha sido Medellín, las formas de expresión juvenil están enlazadas con el contexto de violencia en el que surgen. Lo que influye directamente en el contenido de denuncia de sus mensajes, los cuales actúan no solo para rechazar la guerra misma, sino también el estigma que rodea a los jóvenes y sus barrios tildados como *peligrosos*, así como la precariedad en la que viven. Bajo estas realidades, surgen en el seno mismo de estos espacios de violencias, agrupaciones

juveniles que buscan visibilizar que no todos los jóvenes hacen parte de la guerra y que al interior de estos lugares de conflicto se construyen apuestas por la paz y la vida, en las cuales la memoria de lo que ha pasado se reactualiza ante los nuevos hechos de violencia. Es así como la pregunta por las reacciones de las personas ante situaciones extremas, en este caso, se aglomeran en torno a variadas expresiones culturales de jóvenes que buscan hacerse un espacio en lugares que los limitan, eliminan y estigmatizan, a la vez que condicionan sus mismas formas de reacción y agenciamiento.

Para ilustrar mejor lo expuesto con anterioridad, pensemos qué podría ocurrir con el tiempo en contextos donde la prolongación de la violencia agudiza las condiciones de por sí ya precarias de la población. En más de diez años de experiencia en trabajo con niños, niñas y jóvenes en los llamados asentamientos de población desplazada de Medellín, la autora de este escrito, junto con la organización Manos de Amor y Paz que tiene un trabajo concreto en la comuna 8, han llegado a la triste conclusión de que una de las consecuencias de la prolongada violencia, ha sido la pérdida de sentido por la vida que hoy resalta en los rostros de niños y niñas que no han llegado ni a los 10 años. Pérdida de sentido que también encontró Rosana Reguillo en otras latitudes latinoamericanas y que denomina como desencanto. Pensando en esto, fue que se decidió iniciar este ensayo con la ciudad caos y las imágenes de miedo, como una forma de resaltar aún más el valor de aquellas imágenes de esperanza que algunas agrupaciones juveniles desean construir como una forma de hacerle contrapeso a los referentes de violencias bajo los cuales crecen las nuevas generaciones.

Para ojos de muchos, estas experiencias no serían de resistencia en tanto no contendrían un contenido político o ideológico ni buscarían la transformación del orden social imperante. No obstante, restringir a esto las iniciativas juveniles sería desconocer el contexto mismo en el que viven, atrapados bajo diversos dispositivos de terror y control que transforma sus vidas y configura nuevas formas de vivir la juventud. En una de las entrevistas, un joven de 19 años que canta hip hop y promueve una escuela a nivel de las comunas 8 y 9, respondió que él, y los demás integrantes de la escuela, podían moverse tranquilamente cruzando incluso las fronteras invisibles, sosteniendo que esa “tranquilidad” en la movilidad en parte se debía a que a los ‘pelaos’ de los

*combos*⁴ también les gusta el hip hop y que muchos de ellos antes de meterse a la guerra pertenecían a procesos artísticos. Análisis desde las mismas posibilidades de acción de la población también permite evitar interpretar las violencias en plural como algo concreto y delimitado a ciertos espacios, lo cual es falso en tanto la violencia es parte misma de la sociedad y por ende la búsqueda de soluciones y de transformaciones no puede quedar limitada solo a las personas que la sufren directamente. Raciocino que se complejiza cuando comprendemos que la violencia que involucra en Medellín a la población juvenil va más allá de enfrentamientos entre distintas culturas juveniles (un ejemplo de ésta serían los encuentros violentos entre las barras de los dos equipos de fútbol de la ciudad) y está insertada en una especificidad histórica concreta: el conflicto armado que desde la mediados de la década del sesenta vive Colombia y en el que Medellín y el departamento de Antioquia, del cual ésta es su capital, ha sabido mantenerse en el *rating* de los más violentos⁵. Otro dato fundamental que está en la base de la violencia en el país, es la concentración histórica de la riqueza en una minoría, originándose una desigualdad y pobreza extremas, hasta el punto de que Colombia es hoy uno de los países más desiguales e inequitativos de América Latina⁶.

Bienvenidos al barrio

La ciudad contiene barrios en los que un fenómeno, sin ser realmente nuevo ha tomado la fuerza de una novedad: el de las fronteras invisibles que impide a la gente transitar tranquilamente de una calle a otra, pues ello le podría significar la muerte. Dichas fronteras han sido impuestas por los diversos *combos* armados que se disputan el territorio y cuya permanencia está ligada, la más de las veces, a la expansión territorial de uno u otro grupo. Esto, indudablemente, somete a las personas a seguir la continuidad de la guerra como parte de su propia rutina. Vivir bajo el fuego no es algo

⁴ La palabra Combos hace alusión a diferentes estructuras criminales de la ciudad. Para el 2010 la prensa local y nacional hablaba de la existencia de alrededor de 150 combos. Véase: <<http://www.caracol.com.co/nota.aspx?id=1351700>>, <<http://www.elspectador.com/noticias/nacional/articulo135143-bandas-de-medellin>>; <http://www.elmundo.com/portal/noticias/antioquia/que_disputa_entre_combos_no_afecte_a_la_poblacion.php. Para el 2011> Acceso 25 de febrero de 2011. Por su parte, el informe del primer semestre de la Personería de Medellín contabilizan alrededor de 250 combos en la ciudad.

⁵ Sin olvidar el fenómeno del Cartel de Medellín, Antioquia ha sido el departamento que mayor número de estructuras paramilitares ha conformado desde la emergencia del fenómeno del paramilitarismo a inicios de la década del ochenta.

⁶ <<http://www.semana.com/nacion/desigualdad-extrema/153207-3.aspx>> Acceso 2 de noviembre de 2012.

sencillo de analizar ni de comprender, quizás por ello se suelen lanzar apreciaciones ligeras o generalizaciones por parte de los habitantes de la otra ciudad, la protegida, la que se queda con los rótulos de competitiva, turística, incluyente; en la que se sigue la lógica contrainsurgente aprendida por los militares y policías latinoamericanos en las escuelas de entrenamiento norteamericano desde la década del sesenta. Bajo esta lógica, los civiles que viven en barrios catalogados como peligrosos son mirados desde dos orillas: o es informante o hace parte de tal o cual grupo armado. En la violencia urbana actual, los jóvenes son clasificados en la segunda orilla: hacen parte de los grupos armados. De ellos rotan imágenes que ayudan a reforzar el imaginario de peligrosidad en los periódicos y la televisión. Al inicio de este escrito se hacía alusión a Virilio (2006) quien nos recuerda a Goethe diciendo: “cuando me asalta el miedo invento una imagen” (p. 89). Esta frase, tomada antes en el sentido de las imágenes que buscan construir los jóvenes desde distintas expresiones artísticas para contraponer la otra imagen: la de que todos son peligrosos, también puede ser leída desde la instrumentalización que pueden hacer de una imagen los medios de comunicación. Virilio lo explica bien cuando argumenta que en la contemporaneidad no es necesario que cada persona invente sus imágenes, pues la televisión se encarga de otorgarlas en tanto dispositivo masivo encargado de instrumentalizar ésta o aquella forma de ver las cosas. De ahí que el autor compare los medios masivos de comunicación con “armas de destrucción masiva” (p. 91); pues tienen la capacidad de dar existencia a algo durante el tiempo que le parezca conveniente o borrarlo de inmediato, como si nunca hubiera ocurrido, cambiar su sentido, dar a entender esto o aquello, reforzar lo que se supone que está bien y señalar lo que está mal, lo que no es normal. Ante este poder son pocos los que se atreven a refutar la responsabilidad de la prensa, por ejemplo, en la construcción de ciertas representaciones que vinculan de forma directa a los jóvenes pobres con la violencia criminal⁷ e incluso de ponerlos en más peligro al cambiar la realidad para hacer la noticia más vendible.

⁷ En la práctica, esta asociación es reforzada por la policía. Un ejemplo reciente lo ofrecen los hechos del domingo 4 de noviembre de 2012 en un sector de la comuna 8, cuando en las horas de la tarde se presentó un enfrentamiento entre la policía y el combo que ejercía control en la zona y murieron tres policías. Como supuestos culpables se capturaron a dos jóvenes que de acuerdo con testimonios de los vecinos, la policía ya los tenía presos cuando ocurrió el asesinato de los agentes. En las horas de la noche, cuando la hermana de uno de los jóvenes presos se acercó a la Fiscalía a indagar por el estado y suerte de éste, un policía le respondió que nadie de ese barrio valía la pena y que ellos, es decir los jóvenes, no merecían vivir.

Si bien en este escrito se ha hecho referencia a una agudización de la violencia armada en Medellín que comienza a visibilizarse en el 2008, con ello no se busca generar confusión al lector y hacerlo pensar que la guerra en esta ciudad es algo nuevo, de estos últimos años. Los denominados “combos” o “bandas” delincuenciales han hecho presencia en Medellín desde mediados de la década del ochenta. Alimentados por el dinero del narcotráfico, estos grupos han podido contar con la bonanza de las mejores armas y de jefes que pagan a uno u otro *combo* para que hagan su guerra, la que no necesariamente tiene que ser entendida por la mayoría de los que integran estos grupos. Los jóvenes entrevistados, que sin hacer parte de ninguna estructura armada conviven en los mismos barrios con aquellos que sí hacen la guerra, describen a los que realizan las labores cotidianas de los grupos armados, como niños o jóvenes que fueron reclutados al interior de sus propios barrios y que se conocen cada uno de sus extremos, huecos, subidas y bajadas, así como también a sus habitantes. No en vano una de las actividades que cumplen los niños en estos grupos es la de ubicarse en sitios estratégicos y vigilar quién entre y sale del barrio, en tanto pueden reconocer a los extraños y dar el aviso correspondiente. Para algunos de los entrevistados los “pelados de los combos” no son más que “peones” de una guerra que los condena a quedarse encerrados en el microterritorio y que es planeada por adultos que no viven en el barrio y a los que ni siquiera conocen.



Fuente:<http://cloudfront.rcnradio.ennovva.com/sites/default/files/styles/418x281/public/noticias/delincuencia-juvenil1-344x230.jpg?itok=VDC8ROCI>

El control que ejercen diversos *combos* en un solo barrio o sector, obliga a sus habitantes aprender a sobrevivir. Para ello es clave conocer las jerarquías, identificar quiénes son. Identificar al patrón, es decir, al que manda en el barrio, puede ser necesario en caso de requerir intermediación ante una amenaza de muerte, desplazamiento, intento de reclutamiento o violación de una hija. Intermediación que no siempre será favorable pero que se contempla en un horizonte limitado de posibilidades. Se dan casos en los que acercarse al que manda funciona y la persona o familia en riesgo obtiene el “permiso” de permanecer, como si se hubiera acercado a una oficina para legalizar un salvoconducto que le asegurará por determinado tiempo el permiso de estadía; que nunca será fijo pues las dinámicas del conflicto armado cambian con rapidez, así como el que manda y controla determinado territorio.

Sobre la guerra en Medellín y en la misma Colombia se ha escrito mucho, baste con que el lector haga la prueba y busque en *google* y encontrará noticias de prensa, investigaciones de organismos de derechos humanos, estudios académicos. Este escrito, buscando seguir el llamado hecho por algunos de los jóvenes entrevistados de no seguir haciéndole propaganda a la guerra sino a las propuestas de paz, busca llevar al lector más allá de conceptos teóricos y motivarle a que se pregunte sencillamente qué ocurre con las personas que sin hacer parte de la guerra deben vivir en medio de ella, en espacios donde la violencia afecta a todos sean o no integrantes de grupos armados. Esta es la realidad que viven los jóvenes entrevistados, la de estar rodeados por bandas delincuenciales que siembran el terror obligando a muchas personas a abandonar “lo poco que tienen para proteger sus vidas y la de sus familias” (Personería de Medellín, 2011:7).

Sin embargo, preguntarse por la naturaleza de los actores armados de la guerra actual no deja de ser importante, más cuando la pregunta de cómo nombrarles ha generado un sinnúmero de debates sin que haya un acuerdo generalizado de sí son Bandas Criminales Emergentes, delincuencia común, grupos organizados al Margen de la Ley, neoparamilitarismo o paramilitarismo de última generación⁸. Sin embargo, la posición

⁸ Las discusiones sobre cómo nombrar la guerra de los últimos años, es una discusión de carácter político que siguió al proceso de paz fallido entre el Estado y los grupos paramilitares. Después del año 2006 cuando finaliza la supuesta desmovilización del paramilitarismo se ha vuelto una discusión la de cómo caracterizar a los grupos post-desmovilización que integran paramilitares que no se desmovilizaron, paramilitares que se desmovilizaron y volvieron a tomar las armas, guerrilleros desmovilizados y delincuencia común; mezcla de actores armados que siguen teniendo vínculos de apoyo por omisión o

que aquí se tiene es que la discusión sobre la guerra debe sobrepasar lo meramente conceptual y visibilizar preguntas de corte más humanista en las que se indague por lo que ocurre con las personas en los espacios de conflictos armados prolongados, que en este caso no son más que barrios, cuadras, esquinas que sirven como campo de batalla de una guerra que está siendo librada por niños, adolescentes y jóvenes.

La centralidad en la parte conceptual de la guerra también tiende a olvidar preguntas por la sociedad futura que permita plantear escenarios de transformación, pues qué tipo de sociedad puede esperarse si las nuevas generaciones continúan creciendo en medio de la ilegalidad y la violencia, siendo la más alta probabilidad la de que terminen engrosando las listas de las víctimas o de los victimarios. La edad promedio de ingreso a un grupo es de nueve a veinticinco años. El gobierno puede seguir afirmando que el aumento de la infraestructura en barrios marginales logra disminuir la violencia y mostrar esto como ejemplarizante para otros países latinoamericanos. Pero en la realidad, más allá de las cifras, la violencia continua. Quizás más arrinconada debido a que la nueva infraestructura se convierte en atractivo turístico, pero la violencia sigue allí casi que intacta porque sus causas estructurales no han sido tocadas como tampoco lo han sido sus estructuras de financiamiento.

El control de los actores armados al interior de una comunidad modifica sus formas de relacionamiento; siendo difícil determinar, en los casos aquí analizados que son una mínima muestra, cuáles fueron los efectos que produjo sobre el conjunto de la población. Siguiendo la definición de Michel Pollak (2006) sobre situaciones límite, Ludmila Da Silva (2009) plantea que “cuando es quebrado el orden naturalizado del mundo, los individuos deben adaptarse a un contexto nuevo **redefiniendo sus identidades y sus relaciones con los otros individuos y grupos**” (p.11; énfasis original). En estas condiciones, se presentan casos en los que el vecino de toda la vida o el amigo de la familia para salvarse así mismo, señala al otro como enemigo. También ocurre que al estar “en la mira” de determinado actor armado, una persona decide ingresar al bando contrario para buscar protección. Estas situaciones en parte explican porque, de acuerdo con Castillejo (1998), el cambio quizás más radical al interior de las

participación de la Fuerza Pública. Para profundizar en estas discusiones se recomienda la consulta de los informes sobre Colombia de: Human Rights Watch (2010), Amnistía Internacional (2010), Informe del 2009 de la Alta Comisionada de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, Paulo Sergio Pinheiro (2009), *Ni Guerra ni Paz*, Personería de Medellín, Informe 2008 MAPP – OEA.

comunidades es el de no poder saber con certeza “quién es quién”. Sea cual sea el actor o los actores que ejerzan el control, lo que es claro es que la cotidianidad de la población queda atrapada en lógicas de control social y de situaciones extremas donde la lucha misma es por la sobrevivencia. Mientras son testigos de cómo los mundos de las personas son desestructurados y destruidos (Pollak, 2006) y el “paisaje moral perdido” pues ya no podrá recobrase, sino convertirse en punto de reflexión para tratar de “hacer viable la posibilidad de habitar el presente” (Kaufman, 2007:237)⁹.

Los barrios de Medellín, en los que la guerra va y viene como un ascensor que a veces sube más rápido otros más lento, que unas veces llega hasta el último piso pero otras se queda en los pisos intermedios o en las plantas bajas, han sufrido una violencia histórica. No importa que en unas décadas haya sido mayor en la Comuna 1 y 2 y que desde inicios del siglo XXI la guerra atreviese sin tregua las comunas 8, 13 ó 6. El nombre de la comuna que aglomera diversos barrios es lo que menos interesa pues al fin de cuentas sigue estigmatizando, encerrando; no visibilizando interrogantes por la vida y la resistencia que es finalmente el objetivo de estas páginas.

La realidad suele ser cruenta y como se dicen popularmente “las solas ganas no bastan”. Por más que muchos jóvenes buscan encontrar un refugio en alguna expresión artística de las que sobresale el hip hop, la guerra tiene tentáculos bastante fuertes. Ayudada por una cultura de la ilegalidad que comenzó a tejerse en la década del ochenta con el narcotráfico, sumado a la falta de oportunidades existentes para los jóvenes de barrios marginales y el reclutamiento forzado, las amenazas, el miedo y demás motivaciones que pueden inducir a alguien a ingresar a uno de los muchos combos existentes en un solo barrio, una nueva forma de ser joven se ha posicionado. Pero la generalización que cae sobre todos los jóvenes como peligrosos será otra de las denuncias, junto con las de la pobreza y violencia, que articulan los cuatro estudios de caso que son la razón de ser de este escrito.

II

Desde la mirada de los jóvenes

⁹ Esta parte de situaciones límite, está basada en la tesis de maestría, aún en curso y por lo tanto inédita, de la autora del artículo, en la cual se aborda como caso de estudio la desaparición forzada de personas en un contexto de conflicto armado prolongado como es el caso del conflicto colombiano.

Nos-otros los jóvenes.*

En red-ando

La Red Élite Hip-Hop de la Comuna 13 emerge en el trágico periodo de violencia que azotó esta comuna en el año 2002, cuando fue objeto de dos operaciones militares antisuversivas por parte del gobierno de turno.

Ante la situación de violencia extrema que vivía la comuna, la Asociación Cristiana Juvenil (ACJ)¹⁰ decidió convocar a los raperos de la Comuna 13 para conformar una red. De esa propuesta nace lo que hoy se conoce como la “Red Élite de Hip-Hop”. Desde entonces, un género musical que estaba comenzando a hacerse sentir, se convirtió en toda una cultura musical que marca una forma de vida, una expresión y un territorio de resistencia (Garcés, 2005).

Mientras en sus barrios, ubicados en las laderas de la comuna, “se disparaba indiscriminadamente” y se hacía imposible asistir a los centros educativos –muchos de los cuales tuvieron que suspender las clases–, los jóvenes reunidos alrededor de la propuesta de la ACJ buscaron un refugio en la música y en el encuentro de pares, en un espacio que les ofrecía algo distinto a la guerra. En medio del caos, fruto del tronar de las armas, estos jóvenes resistieron y empezaron “a soñar, a unificar fuerzas, a entender otras cosas”.

De esta forma, en un contexto de violencia sociopolítica, estos jóvenes fueron dando cuerpo a lo que ellos denominan “un acto de resistencia pacífica de la comunidad”, cuya acción satélite fue el Festival de Hip-Hop llevado a cabo en septiembre del 2002 con el nombre “La Operación Élite Hip-Hop: en la 13 la violencia no nos vence”.

El contexto de violencia en el que se origina la red marcó, sin duda, a los jóvenes reunidos a su alrededor y permitió instalar el hip-hop como una alternativa de vida diferente a la violencia. Esta idea todavía hoy sigue fortaleciéndose, cuando la ciudad vuelve a ser un escenario de confrontaciones armadas que tiene por protagonistas a los

[□] Este título fue tomado de la investigación sobre el territorio musical del hip-hop en Medellín de Ángela Garcés (2005) que lleva por título: *Nos-otros los jóvenes. Polisemias de las culturas y los territorios musicales en Medellín.*

¹⁰ Esta organización lleva veinte años de trabajo con la población juvenil de la ciudad.

llamados “combos delincuenciales”¹¹, los cuales hacen presencia en los barrios periféricos de la ciudad. En este escenario, la búsqueda de alternativas para ofrecer otros referentes de vida a los jóvenes, en tanto estrategia para “robárselos” a la guerra, tiene hoy a los hoppers como blanco de amenazas y asesinatos por parte de los actores armados que hacen presencia en sus barrios y que buscan eliminar toda forma de resistencia por parte de la comunidad.

Porque la opción no es encerrarnos: Toke de Salida

Toke de Salida hace referencia a una estrategia de resistencia pacífica juvenil originada en el segundo semestre del 2009. Este colectivo está conformado por jóvenes entre los 16 y 25 años habitantes de diferentes barrios de la Comuna 5 (Castilla) y la Comuna 6 (12 de octubre).

Esta estrategia emerge en un contexto de agudización del conflicto para hacerle oposición, desde la música y las marchas artísticas, al control espacial y libertad de locomoción ejercido por parte de los actores armados, así como al toque de queda impuesto por la Alcaldía a los menores de edad entre las seis de la tarde y las cinco de la mañana¹².

En resistencia al doble control, distintas agrupaciones juveniles se articularon y crearon el colectivo Toke de Salida para denunciar públicamente que encerrar a los jóvenes que no hacían parte de la guerra no era la mejor opción. Su primera estrategia de denuncia consistió en desobedecer el horario del toque de queda, convocando a los jóvenes a una cancha de fútbol (lugar de disputa entre los grupos armados) a un toke musical en el que participaron varias bandas juveniles de rock.

¹¹ La palabra “combos” hace alusión a diferentes estructuras criminales de la ciudad. En el 2010, la prensa local y nacional hablaba de la existencia de alrededor de 150 combos armados.

¹² La medida comenzó a regir a partir del segundo semestre del año 2009: “Proteger la vida de los jóvenes [...] toda vez que este grupo poblacional es el que, en mayor número, está siendo asesinado y, además, registra una alta participación en la comisión de homicidios, fueron los argumentos entregados por Alonso Salazar Jaramillo, alcalde de la ciudad, para justificar la determinación” (Instituto Popular de Capacitación, 2009).

La segunda estrategia fue una marcha que tuvo por lema principal “No seas un payaso más de la guerra”, con lo cual buscaban enviar un mensaje de paz y una señal de cansancio a los grupos armados, por las llamadas “fronteras invisibles” que les impedía –y sigue impidiéndoles– transitar libremente por sus territorios y de un barrio a otro.

Con estas estrategias de corte simbólico, que no utilizan la confrontación directa, el mensaje que el colectivo buscaba dejar instalado era que los jóvenes no constituyen el problema “sino la solución”, al igual que hacer un llamado a la población a resistir.

Jugaremos en el bosque mientras la paz esté: ¿la paz está?

El grupo juvenil Forjadores del Mañana surgió en el 2001. La mayoría de sus integrantes pertenecen a la Comuna 2 (Santa Cruz) y a la Comuna 4 (Aranjuez). El grupo está conformado por un número aproximado de 20 jóvenes entre los 12 y los 26 años. La creación del grupo está ligada a la preocupación de algunas familias por el reclutamiento y desplazamiento forzado del que estaban siendo víctimas sus hijos por parte de los actores armados. Luego de preguntarse “¿qué vamos a hacer?”, la conformación de un grupo juvenil que sirviera como un espacio de encuentro de los jóvenes fue la mejor respuesta.

En el 2010, el barrio se convirtió nuevamente en un escenario de disputa territorial entre diversos combos armados. La realidad de peligro para una nueva generación de jóvenes se hizo latente. Muchos de ellos, en su mayoría menores de edad, tuvieron que desplazarse para evitar la muerte o el reclutamiento. Como consecuencia de esta situación, el sector de Playa Rica, principal radio de acción del grupo, quedó con un mínimo de jóvenes y con un territorio en el que las marcas de la violencia estaban por doquier.

La desolación del espacio, sumado a la imagen de las casas destruidas, reactualizaron la pregunta “¿qué hacer?”. La respuesta, esta vez, fue la realización de un video documental que sirviera de prueba de lo ocurrido, al igual que algunas actividades recreativas que permitieran a la gente “relajarse” en medio de tanta violencia. Las grabaciones del video, con cámara en mano, fueron realizadas con la presencia de los

mismos actores armados, con los que hubo que conciliar para que permitieran el registro filmico.

Si bien “en el video lo que quisimos mostrar fue la causa y las consecuencias de una violencia entre la misma comunidad”, el grupo no se enfocó en la naturaleza de los actores armados sino en buscar alternativas para crear y recrear otra cara de la moneda distinta a la violencia: la de los jóvenes que no están en la guerra y para los que su participación en un grupo juvenil que hace recreación y teatro representa una luz en contextos donde solo existen dos cosas: “luces oscuras y luces claritas. Aquellas luces que están oscuritas toca repararlas, porque ser joven es ser luz para respirar aire de alegría y libertad”.



Fuente:<http://www.eltiempo.com/colombia/medellin/IMAGEN/IMAGEN-12533502-2.png>

Elemento ilegal: ¿es un delito el hip hop?*

Domingo en la tarde. El encuentro para la entrevista se va a dar en un parque del centro de la ciudad, subir al barrio no es seguro en tiempos de enfrentamiento pues los *combos* suelen ser más recelosos ante personas ajenas al barrio. Stiven llega puntualmente. Saluda con tranquilidad e indica que el otro joven que también lidera la Escuela de Hip Hop no puede asistir.

* La entrevista tuvo lugar el 28 de octubre de 2012 con uno de los miembros fundadores de la escuela. Entrevista que ha sido enriquecida con el intercambio que ha tenido la autora con diversos habitantes de la comuna 8 en la cual ha venido trabajando a través de la Corporación Manos de Amor y Paz desde el año 2005.

Con sus escasos 19 años, Stiven ha sido testigo de dos historias que han corrido paralelamente: la creación de la primera escuela de hip hop que se conformó en la ciudad en el 2001 llamada Zona 8 y el inicio de la guerra paramilitar que ingreso a la ciudad a fines de los noventa del siglo pasado y que se tomó su comuna. De esta forma, desde niño ha podido seguir de cerca otras realidades que se desprende de las dos ya mencionadas: la del estigma hacia el hip hop por ser considerados unos “mariguaneros” “buenos para nada”, la de una violencia que va y viene obligándole a ser testigo de como muchos de sus amigos desaparecen en ella sea porque son reclutados, asesinados, desplazados o porque simplemente, de un momento a otro, desaparecen y la de sentirse responsable de darle continuidad a lo que él heredo: el amor por la cultura, por el arte. Fue por ello que desde el 2008 se convirtió es uno de los jóvenes que lideran la escuela de hip hop a la que llaman Elemento Ilegal y que busca darle continuidad a lo que antes fuera Zona 8¹³.

En una canción del grupo *Desorden Mental* que hace parte de los procesos actuales en de la escuela, se eleva la pregunta de sí el hip hop es un delito. Stiven responde que desde que inició Zona 8 fue considerado peligroso incluso por los malos. Los primeros años que dieron inicio al siglo XXI no fueron fáciles en la ciudad. El paramilitarismo hacía su ingreso triunfal apoyado por las fuerzas estatales e inició la captación de las distintas bandas delincuenciales, especialmente en comunas como la 8 y la 13 que fueron y siguen siendo consideradas geoestratégicas. El joven rapero vuelve atrás, a cuando era un niño y descubrió el gusto por el hip hop. Recuerda que los jóvenes que asistían a Zona 8 se reunían en la Casa de la Cultura de uno de los barrios más bajos de la comuna, pero de un momento a otro fueron sacados de allí:

Por qué según Memin, que era el que manejaba los paramilitares en ese tiempo, estábamos formando un grupo de jóvenes armados para sacarlo a él del barrio; porque es que los mismos que estaban dando bala con él ya no querían dar bala si no que quería era ya cantar. En ese tiempo se reunían más

¹³ Esta escuela se cierra en el 2007 por motivos de la violencia y se retoma bajo otro nombre y por otro líderes juveniles a mediados del 2008 cuando lograron que se les abrieran un espacio en una institución educativa de la zona. Eso les permitió iniciar un proceso con semilleros y prejuvenil que logró reunir alrededor de cincuenta jóvenes. A raíz de la agudización de la violencia en varios sectores de la comuna desde mayo de 2012, el grupo se traslado a la comuna vecina para evitar el riesgo de los jóvenes con el paso de las fronteras invisibles y de los enfrentamientos.

de 50 jóvenes en la casa de la cultura. Él vivía al frente, se comenzó a azarar entonces prácticamente ofreció bala para sacarnos de allá.*

Pese a la advertencia, ellos se resistieron negándose a abandonar la Casa de la Cultura: “nos montábamos por encima de la reja a entrenar adentro, entonces un día sí llegaron y nos apuntaron fijo y entonces [...] ahí se dañó todo, hasta ahí llegó lo que era Zona 8”. Sin embargo el hip hop o la cultura, como dice Stiven, ya se había mezclado en la sangre de sus venas convirtiéndose en una opción de vida, en un estilo o forma de estar en el mundo. La guerra entre dos bandos paramilitares enfrascó la comuna en el temor, el peligro. Muchos jóvenes se fueron, muchos otros ingresaron a grupos armados pero hubo también muchos, como Stiven, que se quedaron y que hoy hacen parte del equipo de profesores de la escuela de hip hop de la comuna, retomando las bases de Zona 8. En honor a la historia de esta primera escuela decidieron llamar a la actual Elemento Ilegal, para recordar que desde sus inicios en la ciudad en los años ochenta, el hip hop fue considerado ilegal por las autoridades y que para inicios del siglo XXI un jefe paramilitar los consideró peligrosos. Es ¿peligroso el hip hop? Stiven fija su mirada y responde que sí porque se ha convertido es resistencia y protesta cantada por los jóvenes.

Los jóvenes no somos peligrosos: estamos en peligro

Diciembre de 2008. Una tensa calma rodea la navidad en las laderas de la ciudad, aquellas laderas que han servido de escenario a muchas violencias que pareciesen, dada su continuidad, ser una sola. Algunos habitantes, como sabuesos que huelen el peligro, comienzan a enunciar que “la cosa se va a calentar”. Ya han llegado emisarios, ángeles negros dando señales de ello. Los mensajes dicen que alguien que se hace llamar “Don” está reclutando jóvenes para lo que será una “nueva” disputa por el control de la ciudad.

Mediados de 2009. “Una nueva ola de violencia otra vez acá, en la comuna [...]. Recuerdo una de las noches donde sólo en el barrio hubo alrededor de 7 u 8 muertos en una noche, una cifra impresionante”. Este es el recuerdo de uno de los jóvenes que participó en la marcha “No seas un payaso más de la guerra”, organizada por el

* A sentirse nervioso, con desconfianza.

Colectivo Toke de Salida afines del 2009. Pronuncia estas palabras mientras sus ojos se pierden en el recuerdo de aquella marcha donde hizo siluetas en el piso que en vez de sostener armas con sus manos, sostenían ramilletes de flores. Mientras recuerda, su mirada se dirige hacia las montañas que rodean la ciudad, aquellas que parecen estar protegiéndoles pero también encerrándoles, impidiendo que se inhale un aire perfumado de libertad como se canta en el himno regional.

La evocación de un perfume de libertad, ausente en las montañas, es un intento poético para aludir a una realidad que en absoluto lo es: el encierro de una multitud de jóvenes en territorios de conflicto armado y exclusión social. Sin embargo, en estos espacios antipoéticos, distintos grupos de jóvenes luchan por superar las adversidades que conforman su día a día para superar a las montañas mismas y poder *ser*. Grupos de jóvenes que pese a la ciudad misma levantan la cabeza, desde esos espacios controlados, para mirar qué hay detrás del encierro y gritar que están allí, y que hacen revoluciones sin usar armas; porque su lucha no es por el territorio, las drogas o lo que quiera que se dispute con la guerra, sino por la conquista de la vida. Y esa conquista “no es un tema de colonización” sino de conquistar con el corazón, como dicen los hoppers de la Élite de hip-hop de la comuna 13.

Septiembre de 2011

Continúan las muertes y los enfrentamientos en distintos sectores de los barrios más altos de la ciudad y en algunos corregimientos. La Personería de Medellín en la entrega de su informe semestral advierte de un balance negativo en lo concerniente a las cifras registradas en períodos anteriores¹⁴. Entre uno de sus hallazgos, la Personería sostiene que la conflictividad armada en la ciudad ha sufrido un reacomodo en el que la disputa “por el control territorial cuyo interés no parece ser ya el control de centralidades en las comunas, como lo fue para alias “Valenciano” en los años anteriores, sino el posicionamiento en corregimientos y barrios periféricos estratégicos para el control de corredores o rutas de movilidad y conexión entre lo urbano y lo rural, así como con otras subregiones” (p. 7). En este reacomodamiento los barrios marginales siguen siendo los más afectados, microterritorios vigilados por las armas en los que el control

¹⁴ De acuerdo a su informe del segundo semestre del 2011 entre enero de 2008 a octubre del 2011 se registraron un total de 6.663 muertes violentas, siendo para el 2011 el promedio mensual de 141 muertes. Hasta octubre del 2011 se contabilizaron 1.410 homicidios.

de la población continúa mostrando que es clave “en tanto su dominio le garantiza a las agrupaciones condiciones de seguridad y supervivencia, vulnerando de manera sistemática sus derechos humanos como medio para conseguir sus objetivos” (p. 8). Esta realidad expuesta por la Personería identifica uno de los ejes centrales de este escrito: el de la relación entre un espacio en el que predomina la conflictividad armada con la representación de los jóvenes que viven en estos espacios como peligrosos y parte activa de la guerra. La Personería lo explica así: “[e]n la medida en que la población es cada vez más sometida por los grupos ilegales es cada vez más expuesta a ser objeto de estigmatización y señalamientos de presunta colaboración con otros grupos y/o autoridades, asumiéndose como un riesgo para las agrupaciones rivales e incluso para la misma Fuerza Pública” (p. 8). Ante este panorama la protesta en la calles se hizo sentir siendo el mes de marzo el que mayor número de movilizaciones sociales presentó.

La situación en la ciudad se hace sombría, como si una nube gris se posará sobre ella impidiendo que el sol resplandezca en todo su furor. La proyección que hacen los organismos de derechos humanos y observatorios de la violencia no es alentadora, la fluctuación del conflicto que vive la ciudad y que está directamente conectado con la violencia en todo el departamento, hacen temer que un nuevo escalonamiento pueda darse. El informe del segundo semestre del 2011 de la Personería de Medellín expone con claridad la situación bajo el siguiente raciocinio:

Si bien el comportamiento de los homicidios ha sido fluctuante, el incremento de la violencia homicida ha sido dramático y el riesgo de una nueva fase de agravación está latente, en tanto los factores que han incidido en el escalamiento de la conflictividad armada urbana, desde fines de 2.007, no han desaparecido, tan solo se han transformado” (p. 17). En esta transformación de la violencia continúa como constante el perfil de las principales víctimas: “jóvenes con edades entre los 18 y 35 años, en su mayoría habitantes de barrios de estratos dos y tres. Mientras en casi todos los rangos de edad los homicidios disminuyeron, preocupa que sea la población más vulnerable, entre los 11 y 17 años, la que presente un incremento del 3% en el número de casos, pasando de 155 en el 2010 a 160 en el 2011, lo cual indicaría que se estaría asesinando un niño, niña o adolescente cada dos días en promedio”. La Personería aclara que sin desconocer que “entre las víctimas se encuentran personas que hacen parte de los grupos ilegales en

disputa, gran parte de estas no son integrantes de tales agrupaciones y fueron asesinados por causas muy similares a las que generan el desplazamiento forzado y las amenazas”. Para este organismo esta realidad está estrechamente relacionada con el cambio en la dinámica del conflicto en el que la violencia de los grupos armados “no sólo ha sido un mecanismo de regulación de mercados ilícitos, sino también un medio para asegurar el dominio del territorio y la coerción de su población” (p. 17-18).

Mayo de 2012

La ciudad ha seguido su dinámica de violencia: unas veces se agudiza en unos barrios que se convierten en la centralidad de los medios de comunicación para luego, sea porque disminuyen los enfrentamientos, porque otro barrio se roba la espectacularidad de la noticia o porque ésta se hace tan cotidiana que deja de vender, institucionalidad y periodistas trasladan su atención hacia los otros escenarios de violencias de los muchos que desafortunadamente abundan en la ciudad y en el departamento.

Quizás sea el manejo mediático o la misma costumbre, vaya uno a saber, el que ayuda a naturalizar o normalizar cosas que en absoluto lo son. En algunos barrios como el Sinaí o los pertenecientes a la comuna 1, la gente dice que la cosa está tranquila, normal. Su punto de comparación suelen ser los períodos que fueron considerados como de mayor agudización de la guerra, lo cual varía para cada persona de acuerdo a su experiencia vivida o su lugar de procedencia; pues muchos de estos barrios son habitados por un alto porcentaje de personas llegadas de la violencia del campo. Desplazados forzados por el conflicto armado, a sus ojos quizás, solo quizás, una muerte a la semana e incluso al día, puede ofrecer un panorama consolador en comparación con los bombardeos, masacres, muertes y demás violaciones sistemáticas a los derechos humanos que les ha tocado. En todo esto, desde el 2007 hay una forma de violencia que sin ser nueva se roba la atención de la prensa, genera preocupación en los organismos de derechos humanos y causa revuelo en el gobierno municipal ante la incapacidad de poder controlarla. Este fenómeno es el de las fronteras invisibles, forma de control territorial de los distintos combos que sirve no solo para marcar el territorio y los espacios de cobranza (financiación) de uno u otro grupo, sino también para el control de la población. Considerando que según cifras de la Personería de Medellín para mediados del 2011 existirían en la ciudad un total de 250 grupos armados, muchos de los cuales están en disputa por el control territorial, económico y de la población, estos actores

armados se han convertido en una de las principales amenazas a los derechos humanos y a la seguridad de la ciudadanía. Peligro que se ve agudizado con la extralimitación del uso legal de la violencia en contra de la población civil por parte de la policía y unidades especiales del ejército o por sus nexos con las bandas criminales¹⁵.

De acuerdo con el Observatorio de Seguridad Humana de Medellín (2012), los grupos ilegales de carácter barrial que operan en la ciudad no son más que el *modus operandi* con el que han venido funcionando el narcotráfico y el paramilitarismo en las últimas tres décadas. De esta forma, los diversos combos y bandas hacen parte de estructuras criminales organizadas que reciben el nombre de “Oficina”, redes de grupos armados o bloques paramilitares, de las cuales reciben armas y siguen sus órdenes. Siguiendo con el Observatorio, estos grupos armados barriales “no sólo tienen un actuar delictivo, sino que también pretenden obtener un reconocimiento como actores de poder con incidencia en las esferas sociales, políticas, de seguridad y de justicia en las comunidades de los territorios donde ejercen su oficio” (p. 47).



Fuente:<http://medicablogs.diariomedico.com/reflecciones/2009/03/10/dos-puntos-de-vista-sobre-la-violencia-juvenil/>

En los sentires de personas de los barrios aledaños a Villatina (comuna 8) en la que desde mayo de este año se ha presentado un escalonamiento de la violencia, la vida se hace más dura porque no se sabe a ciencia cierta por dónde caminar, pues son

¹⁵ En lo que va corrido del año, el asesinato de varios policías por parte de las bandas ha llevado al incremento del pie de fuerza en sectores de las comunas 8 y 13. Para opinión de algunos pobladores, dichas muertes estuvieron relacionadas con negociaciones y tensiones en las relaciones que personal de la Fuerza Pública sostiene con la delincuencia, afirmando que los asesinatos son por ajustes de cuentas y no en enfrentamientos armados.

demasiadas las fronteras impuestas por uno u otro grupo que delimitan el transitar de la comunidad, prohíben, señalan e identifican.

Todas estas situaciones derivadas de la guerra, han reforzado un imaginario social desfavorable frente a los jóvenes de los barrios populares; agudizándose aún más su aislamiento, exclusión y olvido. Ante esta situación, resulta relevante la preocupación o reflexión, si se quiere, de pensar cómo se vive, como joven no violento, en esos espacios; cómo se ven ante una propuesta de ciudad y qué piensan de las representaciones que de ellos se construyen desde el afuera. El Conde, joven grafitero del barrio Santander de la comuna 6, expresa su opinión acerca de cómo piensa que se les mira desde afuera:

... la percepción que se tiene acerca de los jóvenes de Medellín es que somos vándalos, somos delincuentes [...], pero ya que usted me da la oportunidad yo quiero decir que no todos, y que los que están ahí [en los grupos armados] hay que mirarle las condiciones económicas, sociales, culturales, educativas [...] para uno poder llegar y juzgar por qué están ahí. Uno no puede llegar y decir así, a boca llena: es que él es un delincuente porque él es joven. No! Eso no es cierto, eso no es verdad. El hecho de que el joven sea delincuente por ser joven, eso no es verdad.

En el momento de pensar la relación entre violencia y emergencia de expresiones juveniles, se encuentra una reiterada alusión a las situaciones de pobreza y falta de oportunidades para los jóvenes como un factor de riesgo para el reclutamiento de menores de edad por parte de los grupos armados o *combos*. Para estos jóvenes, no es necesario grandes conceptualizaciones para definir la pobreza, para ellos sencillamente es lo que viven a diario, lo que ven a su alrededor y muchas de las letras de sus canciones denuncian aquello a lo que se refiere Rosana Reguillo cuando afirma que “la pobreza y la exclusión configuran un poderoso binomio que alimenta las violencias, y permite contextualizar o justificar la salida o expresión violentas en vastos territorios de la vida social” (2008:209). Si bien desde lo artístico las agrupaciones juveniles buscan ofrecer referentes de vida distintos a los de la violencia, también son conscientes que ello no es suficiente si no se generan oportunidades. Stiven reconoce que muchos jóvenes que están en los *combos* les gusta lo cultural, pero “es que ellos al ver que no hay oportunidades con esto, de que, pues desafortunadamente uno aquí no obtiene el respeto que se merece un artista como lo hay en otros países, otros

continentes; entonces ellos al ver que no hay oportunidad ni nada de eso, entonces en su casa no hay comida, tienen familia, tienen hijos [...] al ver que un *man* le ofrece 30.000 pesos mensuales par que se pare a vigilar, el *man* va a preferir donde haya plata”. Para Stiven, las soluciones dadas por el gobierno a los delincuentes no ha sido la más adecuada porque ha dado la sensación que se le ayuda más a los desmovilizados de los grupos armados que a jóvenes que buscan escapar a la violencia desde lo cultural. Haciendo referencia a los subsidios que reciben los jóvenes que hicieron parte de los grupos paramilitares, piensa que el mensaje que se envía al resto de los jóvenes es que “delinquir sí paga”:

Aquí lamentablemente para usted poder recibir un sueldo, conseguir un trabajo y todo eso desde la Administración, usted tiene que estar en un grupo armado. Usted tuvo que haber sido parte y tiene más oportunidades. Entonces si usted llega a un barrio con una propuesta como la de nosotros, donde solo podemos ofrecer el baile, el canto, la cultura [y] un grupo armado les ofrece plata. Y al ver que la Alcaldía solo saca proyectos para los que están delinquiendo: si usted me entrega una pistola le doy un mínimo cada mes, lo pongo a estudiar y a trabajar, entonces los jóvenes al ver eso van a preferir obviamente empuñar un arma.

Siguiendo la línea anterior, se hace indispensable para el estudio sobre la juventud, la incorporación de la variable clase social en tanto que marca formas de ser y de habitar el espacio. En una sugerente investigación sobre territorios juveniles en Medellín, Ángela Garcés (2005) advierte “que la separación establecida por estratos socio-económicos marca tiempos de juventud diferentes para sectores altos, medios y populares” (p. 54). Según esto, la juventud, como construcción cultural, se vive de acuerdo a las condiciones sociales e históricas de existencia.

Bajo este panorama, no es gratuito que en espacios en los que se mezcla la extrema pobreza, la violación de derechos humanos, la ilegalidad y la violencia armada, los jóvenes, como principales afectados, incluyan en sus demandas el acceso efectivo a los servicios de la ciudad que les garantice condiciones de vida digna. Para uno de los jóvenes entrevistados del Colectivo Toke de Salida, lo anterior se resume así:

[...] *Nosotros, desde la Mesa de Articulación Juvenil queremos promover escenarios de participación distinta a los jóvenes y desde ahí la reivindicación de*

derechos [...] El contexto de ciudad es complejo por la falta de oportunidades y porque acá existe todo un tema estructural de exclusión. Pienso yo, que eso viene también desde el Estado y otra serie de cosas, y que la violencia es una consecuencia de muchas otras cosas [...] como el tema de la pobreza, iniquidad, la distribución de la riqueza.

Ser joven en territorios en disputa no es sencillo, no sólo por las escasas opciones que tienen para elegir, sino también porque sienten que son el “bocado” apetecido, el centro de atención de todo el mundo. Para Angy, joven de 19 años del grupo juvenil Forjadores del Mañana

Ser joven en una situación como esta es muy difícil. Los ojos están fijados siempre en uno, es como el blanco. Por un lado tenés a los otros jóvenes y [por el otro] a los mayores. Como sos joven entonces vas hacer más apetecido. Entonces el ser joven es ser el blanco: todo el mundo tiene los ojos centrados en esa persona y ya es como la decisión de la misma persona si decide ser bueno o si decide ser malo.

El caos como principio de todo. Definición dada por un joven grafitero de la comuna 6 para nombrar el conflicto actual, podría ser lo que mejor define lo vivido por varias generaciones en los distintos ciclos de violencia en Medellín. Después de una sensación aparente de paz entre los años 2006 y 2008 (años que coinciden con la finalización del proceso de paz con los grupos paramilitares (2003-2006), y cierta reestructuración de los poderes ilegales en la ciudad tras la extradición -a Estados Unidos- en mayo de 2008 del jefe paramilitar alias Don Berna), la violencia en Medellín vuelve a ser noticia de primera plana. Pero si bien las apuestas por la muerte han sido las imágenes que se han robado el show, el instinto de supervivencia de los habitantes en los barrios más afectados por la violencia, actúa como un imán que ha potencializado nuevas formas de agenciamiento que reconfiguran los espacios violentos para narrar que no todas las historias de los barrios populares de esta ciudad montañosa son de guerra: que existen otras historias que buscan contar que hay vida y deseos de paz. Historias en las que el recordar se vuelve un acto de resistencia para decir “No más”, para correr y gritar: “*Los jóvenes no somos peligrosos sino que estamos en peligro*” o para saltar varias fronteras invisibles, llegar a un salón de clase y gritar: “*profe, nos están matando*”¹⁶.

¹⁶ Esta última escena, fue vivida por una integrante de una organización comunitaria de la comuna 8 durante un proceso de fortalecimiento a grupos juveniles en el 2009. Ella cuenta que ante la limitación de circulación se habían suspendido los talleres y que una tarde, un joven que pertenecía al proceso pero que por pertenecer a otro barrio delimitado por una frontera invisible había dejado de asistir, abrió la puerta y exclamó esta frase: “profe, nos están matando”.



Fuente:http://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/9/99/People_of_Medellin03.JPG

La vida en los espacios de violencia

Todos los jóvenes entrevistados han vivido en sus barrios, donde tienen muchas historias para contar. En diversos extremos de la ciudad, desde pequeños han sido testigos de cómo la guerra modifica sus cotidianidades, sus vidas y ellos, como robles, no se dan por vencidos pese a que la realidad les indica que lograr una proyección de futuro llena de oportunidades para su desarrollo integral nos les será fácil. Stiven vive en uno de los sectores que históricamente han estado marcados por la violencia. Le pregunto por su niñez y responde que la vivió en medio de lo que ha sido uno de los períodos de mayor guerra en su comuna cuando los bloques paramilitares, el Cacique Nutibara y el Bloque Metro, se estaban disputando el territorio:

En ese tiempo casi no podíamos estudiar porque amenazaban a los profes o nos dejaban salir temprano porque avisaban que iba haber balacera a tal hora [...]. Muchas veces uno salía de estudiar y lo cogía la balacera porque eso pasaba de un momento a otro. La parte donde yo vivo siempre ha sido la frontera entre La Sierra y La Cañada, que han sido como los dos combos que más bala se han dado; entonces uno no salía a jugar y le tocaba entrarse ahí mismo. Usted no podía salir de la acera de su casa porque en cualquier momento se podían bajar y, en ese tiempo no respetaban si eran niños, jóvenes... a todo el mundo le daban cuando daban bala.

Buscar una salida. En cierta forma las diversas estrategias de expresión juvenil mapeadas tienen como mensaje que a pesar de vivir en las mayores adversidades, diversos grupos de jóvenes crean propuestas alternativas a esa realidad que les estigmatiza como peligrosos y que sirve de base para su exclusión social. Jóvenes que son líderes juveniles que piensan y se piensan el lugar y contexto histórico que les ha tocado vivir y que han demostrado que es posible soñar en una ciudad con montañas que realmente huelan a libertad; porque como reflexionaba un líder comunitario de la comuna 4: “¿qué sería de la ciudad sin los grupos juveniles?”.

En una ciudad donde diversos procesos de paz llevados a cabo en la década del noventa¹⁷ no aseguraron la pervivencia de la paz, el interés por el pasado reciente ha influido en las generaciones actuales y en sus formas de percibir el espacio y el tiempo. Los jóvenes vuelven sobre este pasado cercano en un afán de darle un giro a la generalización de la juventud como violenta y peligrosa; utilizando su potencial creador para, bajo la comprensión de lo ocurrido, generar opciones y jalonar cambios.

Estas nuevas generaciones de jóvenes son las que, quizás a causa de un peso de silencio cargado por mucho tiempo, demuestran un cansancio que no deja de estar acompañado de optimismo frente a la posibilidad de cambio. Territorializados en lugares concretos como lo son sus barrios, espacios que han sido escenario de cruentas violencias, la identificación con estos mismos territorios es lo que ha posibilitado la emergencia de acciones concretas en las que se hace resistencia recordando lo que ocurrió, contando lo que ocurre y creando nuevos estilos de vida en contextos adversos en los que las violencias hacen parte de la cotidianidad.

Así mismo, en las diversas formas de expresión juvenil que emergen como una reacción ante una situación de violencia, es posible reconocer una labor de resignificación no sólo espacial sino también conceptual. En esas resignificaciones el buscar cambiar la imagen del barrio y la del joven que vive en éstos, es una labor fundamental en sus posiciones de no justificar su exclusión social, por lo que crean demandas concretas en las que denuncian el olvido al que se ven sometidos ante un estigma social que les precede. En estas apuestas será común que conceptos como revolución, resistencia,

¹⁷Para esta parte véase la ponencia presentada en un congreso internacional sobre políticas de juventud en marzo del 2003, por Fulvia Márquez Valderrama, titulada: *Las alianzas y la concertación un camino recorrido a favor de la juventud, en la ciudad de Medellín.*

movilización y política, tengan definiciones propias que se acompañan de mensajes de paz como: “Revolución sin muertos”, “No seas un payaso más de la guerra”, “Operación Élite Hip-Hop, en la 13 la violencia no nos vence” y de hacer del hip-hop una herramienta política en tanto que narra lo que está ocurriendo en los barrios, en las comunas.

Sin duda para estos jóvenes la vida no es fácil, no sólo por la violencia armada sino también por la carencia de recursos económicos y opciones de vida. Resistirse diariamente a lo que uno de los líderes de la Élite de Hip-Hop de la comuna 13 llama: “*las ofertas desde ese lado*” refiriéndose a situaciones en las que, cuando no se tienen satisfechas las necesidades básicas, se convierte en una forma de vida tentadora el ver a otros jóvenes cercanos con “*carro, moto, novias*”, pese a que el camino para acceder a ella sea el de las drogas y las armas. No obstante ellos, desde La Élite, quieren ofrecer otro tipo de tentaciones por medio de lo artístico-musical, aunque saben que es un camino difícil, tanto por su procedencia de lugares con un estigma social que les marca en el afuera, como por las amenazas y persecuciones que deben enfrentar al interior de sus barrios.

Los jóvenes que lideran los procesos culturales al interior de barrios donde los enfrentamientos armados hacen parte de su cotidianidad, saben bien cómo los grupos van involucrado en la guerra a los niños y las niñas: “*¡ey! guárdeme este fierro, guárdeme esto*”, llegan a ser frases comunes ante las que los menores de edad no tienen la capacidad de prever ese *guardar* qué significa o que puede representar para ellos, siendo una realidad que el negarse muchas veces puede ser un riesgo tanto para el menor como para su familia que puede terminar en un desplazamiento forzado o en el riesgo de su propia vida. Como si el pasar del tiempo no cambiara nada, Stive recuerda que entre el 2001 ó 2002, cuando era pequeño, fueron pocas las propuestas que recibió para unirse a los grupos en parte porque se mantenía encerrado. Él lo describe de esta forma: “*a mí fue poquitas las propuestas porque igual yo casi no salía ni hablaba con nadie, pero a los amigos míos sí, muchos de ellos aceptaron. En estos momentos ya los han matado, otros ya no pueden ni siquiera arrimar a saludar y muchos todavía están, pero la mayoría ya los asesinaron*”.

En las violencias que se viven en barrios como los que aquí sirven de escenarios a las expresiones juveniles abordadas, una constante es la vigilancia sobre los espacios de

encuentro juvenil, sea por el fuerte control territorial que ejercen los grupos al margen de la ley o por la misma vigilancia de la policía. Bajo estas circunstancias, los colectivos o grupos juveniles actúan como lugares de recogimiento e identidad juvenil donde los jóvenes defienden su posibilidad de vivir como jóvenes pero donde poder hacerlo es cada vez más difícil¹⁸ tanto por la violencia de los *combos* como de la policía. Para el caso de la policía, los jóvenes consideran que ésta se aprovecha de la estigmatización hacia los jóvenes de barrio considerados zona roja, para incursionar en ellos, hacer retenes y ponerles en riesgo al llevárselos de su barrio y dejarlos abandonados en sectores de otros grupos en los que regresar significa traspasar las temibles fronteras invisibles. Ante ello, no son las autoridades sino la misma comunidad la que les ha protegido porque valoran lo que ellos hacen: la cultura. Stiven lo describe así: *“Yo digo que nos protege es lo que hacemos: la cultura. Cantamos, bailamos y ya tenemos cierto reconocimiento porque la gente ya sabe [...]. Incluso a mi me han llegado a sacar de tiendas y todo eso para matarme pero la gente no ha dejado”*.

Una hipótesis inicial para lo que ha sido este primer acercamiento a resistencias juveniles en espacios de conflicto armado, pobreza extrema y exclusión social, es que en estos lugares los espacios simbólicos de lo juvenil guardan una relación directa con el conflicto y la memoria. Siendo esta última un incentivo para crear diversas acciones en las que los jóvenes se posicionan críticamente frente a un contexto histórico, dando a conocer que en los sectores populares existen otras formas de ser joven distintas al del criminal-peligroso; entablando demandas concretas de índole socio-económica, pero también proponiendo soluciones. Y para ello utilizan, como medio de acción y visibilización, diversas expresiones estético-juveniles¹⁹.

¹⁸ En esta parte remito al comunicado que cierra este escrito, para que lectores de otras latitudes puedan hacerse una idea más concreta y desde la voz de las mismas agrupaciones juveniles, del peligro que corren no por estar en grupos armados sino por no estarlo y por intentar, desde la cultura, buscar formas de vida diferentes a las de la guerra. A sí mismo, se recomienda los link de las canciones y videos que aparecen en la bibliografía.

¹⁹ Siguiendo a Edgar Arias: “Las expresiones artísticas estéticas se refieren aquellas iniciativas y prácticas que tienen mayor intención en la producción y manifestación de la experiencia sensible y reflexiva del mundo juvenil, acudiendo a procedimientos plásticos, pictóricos, musicales, gráficos, quinésicos, representacionales, metafóricos, entre otros. (...) Las búsquedas y motivaciones de las expresiones estéticas juveniles están más en la esfera de lo subjetivo y lo sensible, lo que significa que se presente una gran variedad y diversidad de expresiones” (citado en Garcés, 2005:62).

¿Qué pasa si digo no? ¿Cómo hacerlo sin que signifique la muerte? ¿Cómo gritar hacia dentro que no quiero empuñar un arma y hacia afuera que no es cierto que todos somos peligrosos? ¿Cómo gritarle a una sociedad que sigue aislándonos que existimos y nos están matando? ¿Cómo decirles que también queremos hacer parte de esa ciudad que progresa? ¿Cómo contarle a esa sociedad que no es la única guerra que hemos vivido y que quizás la historia se nos asemeja a un círculo, porque cada cuadro de nuestras vidas ha estado marcado por episodios de violencias que nos desgarran y que parece no querer soltarnos? Estos interrogantes parecieron encontrar respuesta en diversas estrategias colectivas como el hip-hop, convertido en un ritmo musical de revolución; el grafiti como herramienta para pintar mensajes de paz en las calles; un video documental que narra la historia de un barrio que se quedó sin jóvenes a causa de la violencia; una recreación en un bosque imaginario donde “jugaremos en el bosque mientras la paz está” y una marcha que rompe fronteras imaginarias de territorios que por antojo de algunos se han vuelto territorios en disputas.

Estas expresiones son las que les permitió y posibilitan a los jóvenes, protagonistas de estas líneas, recordar, cuestionar, denunciar y resistir, hacia un adentro (el barrio) y hacia un afuera (la ciudad) para que no se les olvide. Por hacer memoria en una ciudad donde el miedo y el silenciamiento han dado a entender que existe una normalización de la violencia y una indiferencia hacia el dolor del otro.

La relación entre denuncia y resistencia puede verse reflejada en el mensaje que buscó instalar el Colectivo Toke de Salida con la marcha: *No seas un payaso más de la guerra*, el cual convocaba a la acción, a decir que no se puede ser indiferente a lo que está ocurriendo, ratificar la vida y hacer una apuesta a “*no quedarse callados frente a las situaciones que nos sucedan*”. En general cada una de las expresiones aquí mapeadas son consideradas por los mismos jóvenes de resistencia porque promueven diversas acciones para demostrarles a los demás jóvenes que sí es posible resistirse a las armas y a la violencia.

Junto con la denuncia por medio de actos de corte simbólico, otro lugar común a las expresiones juveniles es el considerar a la cultura como una posibilidad de acción y de construir oportunidades de vida para los jóvenes distintas a la violencia. Para tal caso, la cultura, entendiendo por ésta todo lo relacionado a expresiones estéticas y recreativas, es el medio que les permite “*cambiar el pensamiento de la cultura de la muerte por la*

cultura de la vida” (Toke de Salida), crear “*espacios en los que uno se puede distraer para que los niños, para que todos se despejen*” de las violencias de las que son testigos (Grupo Juvenil Forjadores del Mañana), para “*hacer ciudadanía en Medellín*”(La Élite de Hip-Hop) o el medio de expresión para gritar: “*nosotros no queremos dar bala, nosotros no queremos más violencia, nosotros queremos andar libres*” (Escuela de hip hop Elemento Ilegal). En resumen, la cultura es el vehículo para “*combatir la violencia*” y crear referentes de vida para niños y jóvenes distintos a lo que ellos denominan: una cultura de la muerte.

Las expresiones juveniles, como construcciones dinámicas en el tiempo, ligadas al contexto histórico en el que surgen, invitan a pensar a “los jóvenes como sujetos sociales y a considerar la juventud bajo condiciones que se desprenden de la cultura, como son la situación histórica, la condición de clase, etnia, género, estéticas, modos de sentir, integración simbólica, redes de mercado” (Garcés, 2005: 26). Mirada que permite no sólo interrogantes sobre la singularidad de lo juvenil sino también replantear las miradas y posiciones desde las que se construye la *otredad*.

Medellín, la ciudad, se constituye entonces como un espacio que es a la vez historia y memoria. Y los jóvenes, como ya fue planteado por Pilar Riaño, “están tratando de lidiar con el terror y el horror de la violencia que les rodea – y de la que son parte activa o no tan activa–, preocupándose por establecer lazos con el pasado, de crear continuidad en sus vidas mientras se sitúan en posiciones cambiantes y contradictorias frente a su vivencia de la violencia” (2000: 35). La reconfiguración de los territorios en los que los jóvenes ejercen su acción (barrio, comuna o ciudad), actúan como escenario de disputa de un territorio ordenado espacialmente por los actores armados y por el Estado. Esta realidad va en consonancia con lo que concluyera Riaño sobre los lugares de violencia urbanos al hallar una estrecha relación entre “la presencia cotidiana de múltiples violencias” con el modo en que los jóvenes “construyen un sentido del nosotros y de los otros y se posicionan como sujetos” (Ibíd.: 23).

Estos territorios están asociados directamente con un actuar en el espacio público, siendo allí donde dan a conocer sus propuestas de gestión y acción en cuanto a determinadas situaciones. Para Toke de Salida el espacio fue una cancha deportiva identificada como lugar de conflicto o un marcha que desafiaba los territorios marcados como prohibidos por lo grupos armados. Para la Élite de Hip-Hop son todos aquellos

territorios marcados por la cultura Hopper visibilizada, en gran medida, a través de un festival de Hip-Hop que trasciende la comuna y llega a la ciudad. Línea que es también seguida por Elemento Ilegal que bajo el nombre de Escuela de hip hop, crea un espacio de encuentro juvenil donde el único objetivo es que sus integrantes se enamoren de la cultura y de la vida. Por su parte, el grupo Juvenil Forjadores del Mañana hace de la recreación su herramienta para llevar sonrisas y juego en lugares donde las balas y la violencia han encerrado a la población.

Las agrupaciones juveniles reconfiguran el territorio, creando fisuras, vaciamientos de un poder que se muestra como total reconfigurándolo como escenarios de organización y participación juvenil. De acuerdo a esto, “el sentido de lugar es una herramienta fundamental para los (as) jóvenes, tanto como estrategia de su quehacer cultural como de construcciones identitarias” (Riaño, 2004: 26). Una forma de esos sentires la describe uno de los integrantes del Colectivo Toke de Salida:

Yo pienso que el papel fundamental de nosotros como jóvenes que venimos promoviendo otras serie de cosas, es generar otras alternativas como transformar el territorio desde alternativas de organización y participación juvenil. Eso es lo que hacemos todo el tiempo, estamos pensando todo el día en eso y todo lo que hacemos va en pro de eso: en cómo hacer con los jóvenes [para] que no hagan parte del conflicto.

En definitiva, es en el espacio público donde adquieren sentido las diversas formas de expresión juvenil e inauguran nuevos espacios de participación y de renovación de liderazgos. Así mismo, el barrio y la ciudad son reconfigurados y la memoria se convierte en un vehículo que convoca a la acción.

Como jóvenes no podemos vernos siempre como víctimas de los victimarios [...]. No limitarnos nosotros tampoco a estar quejándonos todo el tiempo de lo que está pasando. Como joven sí me da temor, pero me da más temor el no hacer algo para cambiar esto.

Estas palabras de una joven de 16 años integrante del Colectivo Toke de Salida va en la misma vía de lo que piensa, al otro lado de la ciudad, una joven del grupo Juvenil Forjadores del Mañana: “uno a toda hora no puede pensar que huir es la mejor solución, tiene que pensar cómo contribuir a que ese lugar vuelva como a la normalidad”.

En un contexto de conflicto como lo es Medellín, el sentido otorgado a los lugares continúa en el tiempo pese a la fragmentación social y territorial causada por esa fuerza desplazadora que es la violencia. En ellos, “las memorias se convierten en la herramienta fundamental que conecta a los individuos con el medio ambiente urbano en tanto núcleo de relaciones sociales, como lugar social y cultural” (Ibíd.:32), posibilitando la continuidad de la comunicación y la creación de lazos de solidaridad que refuerzan la identidad a un lugar y a una historia común. El lugar no sólo influye en el sentido que los jóvenes otorgan a la experiencia vivida, sino también en la forma como recuerdan y tramitan el pasado, así como a las estrategias de movilización que utilizan. En esa parte, vale la pena señalar que el lugar, al igual que los acontecimientos, las personas o personajes, son elementos constitutivos de la memoria tanto individual como colectiva (Pollak, 2006: 34-35).

Los modos de inscripción del pasado en la psiquis aseguran “que nada en la vida psíquica se pierda para siempre, porque todo lo que ha sucedido puede reaparecer y tornarse significativo en el presente. Todo queda amontonado en el desván de la memoria. Aunque parezca haber sucumbido a las nieblas del olvido [...]” (Sibilia, 2008:135). Siguiendo estas palabras de Paula Sibilia, no es extraño, entonces, que en las demandas que hacen los jóvenes unan problemáticas y luchas actuales con otras que han quedado quizás pendientes de otras generaciones o que simplemente son reactualizadas.

El dispositivo que en los casos aquí descritos activan el recuerdo, es la continuación de un conflicto que está ligado a historias pasadas de violencia relacionadas al narcotráfico, al control social por grupos paramilitares, a las acciones represivas del Estado en contra de los jóvenes de los barrios populares, a la limpieza social y a las operaciones militares en la comuna 13. Este saber, esta conciencia de lo ocurrido, motiva en los jóvenes la creación de unos referentes comunes que se convierten en puentes de memoria entre lo que ha sido la historia de violencias de sus barrios con su presente. Y desde sus propias experiencias de vida contar, hablar y mostrar lo que pasa en esos espacios que habitan, donde junto con la cotidianidad de la muerte está también su contraparte: la vida. De ahí que no sea gratuito que las cuatro propuestas, surgidas en tiempos diferentes, conduzcan a dejar instalado un mismo mensaje: el querer la paz pero también el de decir cómo. Y ese cómo se traduce en ofrecer otras alternativas de vida desde la música, la recreación o simplemente – como lo dice uno de los fundadores de la Élite: desde

“grupos de jóvenes que se unen en espacios que le apuestan a la vida y a sus sueños, sin importar lo difícil que esto sea”.

En resumen, las diversas expresiones juveniles que fueron y son promovidas por las agrupaciones juveniles mapeadas para este ensayo, tienen en común aspectos como: a) una referencia al contexto de violencia que históricamente ha vivido la ciudad y particularmente sus barrios como techo para comprenderse en un presente y a partir de esta comprensión hacer una denuncia en contra de la guerra y de las políticas de exclusión social. b) Son agrupaciones juveniles reunidas a través de expresiones estético artísticas. c) El objetivo de sus acciones es construir otros referentes de vida distintos a los de la violencia para los *otros* (niños, niñas y jóvenes) y ofrecer un mensaje de paz. d) El nexo con un territorio preciso marcado por la violencia se convierte en un aliciente para construir espacios que les posibilite, en actos que podrían considerarse heroicos, llevar una vida “normal” como joven; para lo cual actúan como factores de protección espacios como los clubes juveniles, los ensayos musicales, las recreaciones, los conciertos, las afinidades a cierto ritmo musical o propuestas artísticas como el grafiti y el estencil. e) Existe un afán por visibilizar que no es válida la generalización de que vivir en cierto tipo de barrio, caminar, hablar o vestir de determinada manera sean condiciones suficientes para que se les considere peligrosos y delincuentes.



Fuente: <http://www.elmundo.es/america/2010/08/29/colombia/1283104381.html>

A modo de cierre

En las narrativas de los jóvenes entrevistados el *otro* joven, el perteneciente a los grupos armados, aparece con frecuencia narrado desde sentimientos de nostalgia no sólo porque

con muchos de ellos se compartieron juegos durante la infancia sino también porque sienten cierta identificación con las condiciones de pobreza y estigmatización social que, de acuerdo con ellos, cumplen un papel central a la hora de unirse a los “violentos”, de irse “al otro lado”. Con las siguientes palabras uno de los líderes de Toke de Salida cuenta con tristeza como muchos de sus amigos, con los que creció, hacen parte hoy de *combos* armados:

Muchos de los compañeros, mis amigos de la infancia, por ejemplo, hoy en día están involucrados en ese conflicto, entonces a veces es complicado [...]; pero igual, en medio de todo ese conflicto y todo eso, aquí se vive. Todavía tenemos (sic) muchos jóvenes que hemos como salido de ahí, que a pesar que nos criamos en ese contexto no nos involucramos en eso.

El enfrentamiento con la *alteridad cercana*, divide a la población juvenil en dos bandos diferentes: la muerte y la vida. El primero está representado en pertenecer a un grupo armado, mientras que el segundo hace referencia a los grupos juveniles que buscan la paz y construyen proyectos de vida en los que luchan por sus sueños. Esta división un tanto simbólica pero bastante real en escenarios donde todos están totalmente identificados, genera situaciones de tensión que no dejan de ser peligrosas para los jóvenes que no hacen parte de los *combos*. Pues si bien de parte y parte se reconocen similitudes en tanto jóvenes que pertenecen a un mismo barrio, también se generan extrañamientos que están ligados al orden de lo subjetivo, de sentir que hasta cierto punto se puede tener confianza, vencer el miedo frente a ese *otro* cercano, pero siendo conscientes que en los espacios de guerra nadie está completamente seguro ni es completamente neutro. La línea que separa la vida de la muerte suele ser tan frágil que basta con que el *combo* de otro barrio u otra cuadra gane el control para que la *alteridad cercana* ya no cumpla un papel "protector" y se esté en peligro no sólo por ser del barrio sino, y principalmente, por ser joven.

Si bien el espacio público actúa como el escenario de expresión juvenil en el que se realizan una serie de demandas y oposiciones de forma simulada, es indudable que en un espacio de violencia armada estos escenarios, al igual que las agrupaciones juveniles, están sujetos a múltiples vigilancias que ponen en riesgo su vida y los hace vulnerables

a distintos tipos de persecuciones. Por más “inocente” y simbólico que parezca un grafiti, un mensaje o una canción, en territorios de violencia las cosas de mayor insignificancia pueden adquirir el máximo valor.

Como cierre, sólo cabe decir que vale la pena seguir profundizando en la forma como se interrelacionan la cotidianidad de la violencia y las políticas de exclusión social con los procesos de movilización de los jóvenes; así como el impacto que esto tiene de una generación a otra. Esto como un aporte para abordar la relación entre conflicto urbano y la emergencia de diversas formas de resistencia, más en momentos como los actuales donde es una realidad que los jóvenes que lideran procesos culturales se han convertido en objetivo militar de los grupos armados ilegales y que también sufren los atropellos del accionar de las fuerzas del Estado. Como una contribución a la denuncia por el respeto a la vida, que viene siendo un reclamo contante desde que se agudizara de nuevo el conflicto armado en la ciudad, cerramos con el comunicado enviado a la opinión pública por diversas agrupaciones culturales de la comuna 13 de Medellín.

Comunicado sobre la situación de seguridad de jóvenes y organizaciones culturales de la comuna 13

06 de Noviembre de 2012

Frente a la información divulgada en prensa recientemente sobre un supuesto desplazamiento masivo de jóvenes de la comuna 13 durante el pasado fin de semana, las organizaciones sociales, comunitarias, defensoras de Derechos Humanos y organizaciones juveniles artísticas y culturales de la comuna queremos poner en conocimiento de los medios de comunicación y la opinión pública que:

Primero, un grupo de jóvenes salió -desde diversos barrios de la comuna- de manera temporal y voluntaria hacia un lugar de recreo en las afueras de Medellín, pero no en condición de desplazamiento forzado. El grupo que se encuentra por fuera de la comuna está conformado por 60 jóvenes integrantes de diversos colectivos culturales de la comuna 13, cabe destacar que algunas personas son menores de edad.

Segundo, los jóvenes tomaron la decisión de salir de la comuna durante algunos días para proteger su integridad física frente a una amenaza proferida el día 1 de Noviembre por un grupo armado ilegal que opera en el Barrio El Salado.

Tercero, la amenaza se da después del homicidio de Elider Varela el “Duke” en la madrugada del pasado martes 30 de octubre y de la realización del “Plantón por la Vida” en la parte central del barrio el Salado; amenaza que se suma a sucesivos hechos de agresión e intimidación cometidos por grupos armados ilegales contra habitantes del sector y personas

vinculadas a los procesos culturales.

Cuarto, diferentes dependencias de la administración municipal son conocedoras de la situación de amenaza y alta vulnerabilidad en la que se encuentra gran parte de los integrantes de la Red de Hip Hop la Elite y la Corporación Cultural Son Batá desde el viernes 2 de Noviembre; **sin embargo, hasta el momento no se han implementado las acciones para que hayan condiciones mínimas para regresar a nuestros territorios y continuar con nuestro trabajo comunitario y cultural.**

Quinto, los jóvenes y sus organizaciones **exigen medidas, recursos y alternativas integrales para la reubicación temporal de las personas que se encuentran en alto riesgo**; además, que la Administración Municipal, la Fuerza Pública, el Ministerio Público, las autoridades judiciales, y el Estado en su conjunto, adopten las medidas necesarias para la protección de la vida, la garantía de los Derechos Humanos y condiciones para el trabajo de las organizaciones sociales, comunitarias y culturales.

Sexto, a pesar de que la comuna 13 es el territorio urbano más militarizado del país, durante los últimos días se han venido presentando enfrentamientos, asesinatos, amenazas y retenes ilegales en diferentes barrios y sectores de la comuna lo que da cuenta de la incapacidad de la fuerza pública para garantizar condiciones de seguridad para la población y la inexistencia de condiciones para el regreso de los jóvenes líderes afectados por la amenaza.

Séptimo, exigimos a la Administración Municipal, Departamental, y al gobierno Nacional y las instituciones del Ministerio Público garantizar condiciones para el regreso y permanencia de las y los jóvenes en el territorio y condiciones de seguridad para el desarrollo de sus prácticas culturales y comunitarias.

Octavo, convocamos a las organizaciones e instituciones defensoras de Derechos Humanos, organizaciones comunitarias, sociales y culturales de la ciudad y el país a acompañar los procesos juveniles de la comuna 13 en la coyuntura actual; además, visibilizar en el escenario nacional e internacional la grave vulneración de los Derechos Humanos y los permanentes hechos de violencia que vive la comuna 13.

A los medios de comunicación y periodistas, las y los jóvenes y organizaciones que actualmente se encuentran en situación de amenaza solicitan respetuosamente:

Primero, no divulgar imágenes de líderes ni integrantes de procesos juveniles culturales de la comuna 13 en las notas, artículos y cualquier tipo de producto informativo sobre la coyuntura actual a fin de proteger sus vidas y su dignidad.

Segundo, no intentar entrevistas con familiares de los jóvenes y organizaciones juveniles de la comuna 13, entre tanto, no se tengan las plenas condiciones de seguridad para éstos y sus allegados.

BIBLIOGRAFIA

Castillejo Cuellar, Alejandro (2000). *Poética de lo otro. Para una antropología de la guerra, la soledad y el exilio interno en Colombia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia –ICANH-, Colciencias.

Da Silva Catela, Ludmila (200)

Garcés Montoya, Ángela (2005). *Nos-otros los jóvenes. Polisemias de las culturas y los territorios musicales en Medellín*. Medellín: Universidad de Medellín.

Fulvia Márquez Valderrama (2003). *Las alianzas y la concertación un camino recorrido a favor de la juventud, en la ciudad de Medellín*. Ponencia presentada en el Congreso Internacional sobre Políticas de Juventud.

Observatorio de Seguridad y

Pollak, Michel (2006). *Memoria, Olvido, Silencio. La producción social de identidades frente a situación límite*. La Plata, Buenos Aires. Ediciones al Margen.

Personería de Medellín

Reguillo Rosana

Riaño Alcalá, Pilar (2000). “La memoria viva de las muertes. Lugares e identidades juveniles en Medellín”. En: *Análisis Político*, número 41. [En línea]. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/colombia/assets/own/analisis%20politico%2041.pdf> [Consultado mayo 5 de 2011].

_____ (2004). *Encuentros artísticos con el dolor, las memorias y las violencias*. [En línea]. Disponible en: <http://www.flacso.org.ec/docs/i21riano.pdf> [consultado mayo 1 de 2011].

Sibilia, Paula (2008). *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Virilio, Paul (2006). *Ciudad pánico. El afuera comienza aquí*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.

Videos consultados en web site sobre la Élite de Hip Hop de la comuna 13

http://www.youtube.com/watch?v=YSM_mDpNAQQ

<http://www.youtube.com/watch?v=MZzVZ8xusxE>

http://www.youtube.com/watch?v=wkP0k5cP0_A&feature=related

<http://www.youtube.com/watch?v=dIQ8E9U68go&feature=related>

Alguno videoclips de grupos de rap que influenciaron las reflexiones de este escrito y que participan de las movilizaciones por la paz

Desorden Mental, *¿sí es un delito el hip hop?*

<http://www.youtube.com/watch?v=nkz4vtsOY0Q>

Nepentes, *Porque pensamos diferente*

<http://www.youtube.com/watch?v=Cu6LO8dVcSc>

Esk-lones, *Esta es la 13*

<http://www.youtube.com/watch?v=RKKTKrVEiXk&feature=related>

Esk-lones, *El señor agente*

<http://www.youtube.com/watch?v=2mYJnTjpZZw&feature=related>

Laberinto ELC, *De donde vengo*. http://www.youtube.com/watch?v=by_YZgjEtdU

